

► 21 Julio, 2019





21 Julio, 2019



75 AÑOS DE RUMBA CUCHÍBIRI,



música

Rendimos homenaje a la rumba catalana, un género al que la peripecia del percusionista Petitet, llevada al cine por Carles Bosch, ha dado un feliz meneo. Rescoldo de la fiesta de los gitanos de La Cera y el Raspall que resiste el embate del reguetón. Celebramos a los rumberos de todos los tiempos.

Por José M. Albert de Paco
 Fotos: Eva Blanch

Sardinada en la plaza del Pedró. Por debajo del mantel asoma Manuel, nieto del Petitet; detrás, Alma, nieta de Miliu de la Cera. A su lado, con traje gris, Manuel Giménez; Laura Santos, cantaoara; En el centro de la mesa, de negro, El Petitet, flanqueado por su esposa, su suegra y su nieto Àngel. A su izda., Pepi, bailaoara; Ramón Oliva 'Popos', guitarrista y Miliu de la Cera, bongosero.

CUCHÍBIRI



Petit, junto a Pepi, una bailora de leyenda, durante una sardinada rumbera en plena calle en El Raval.

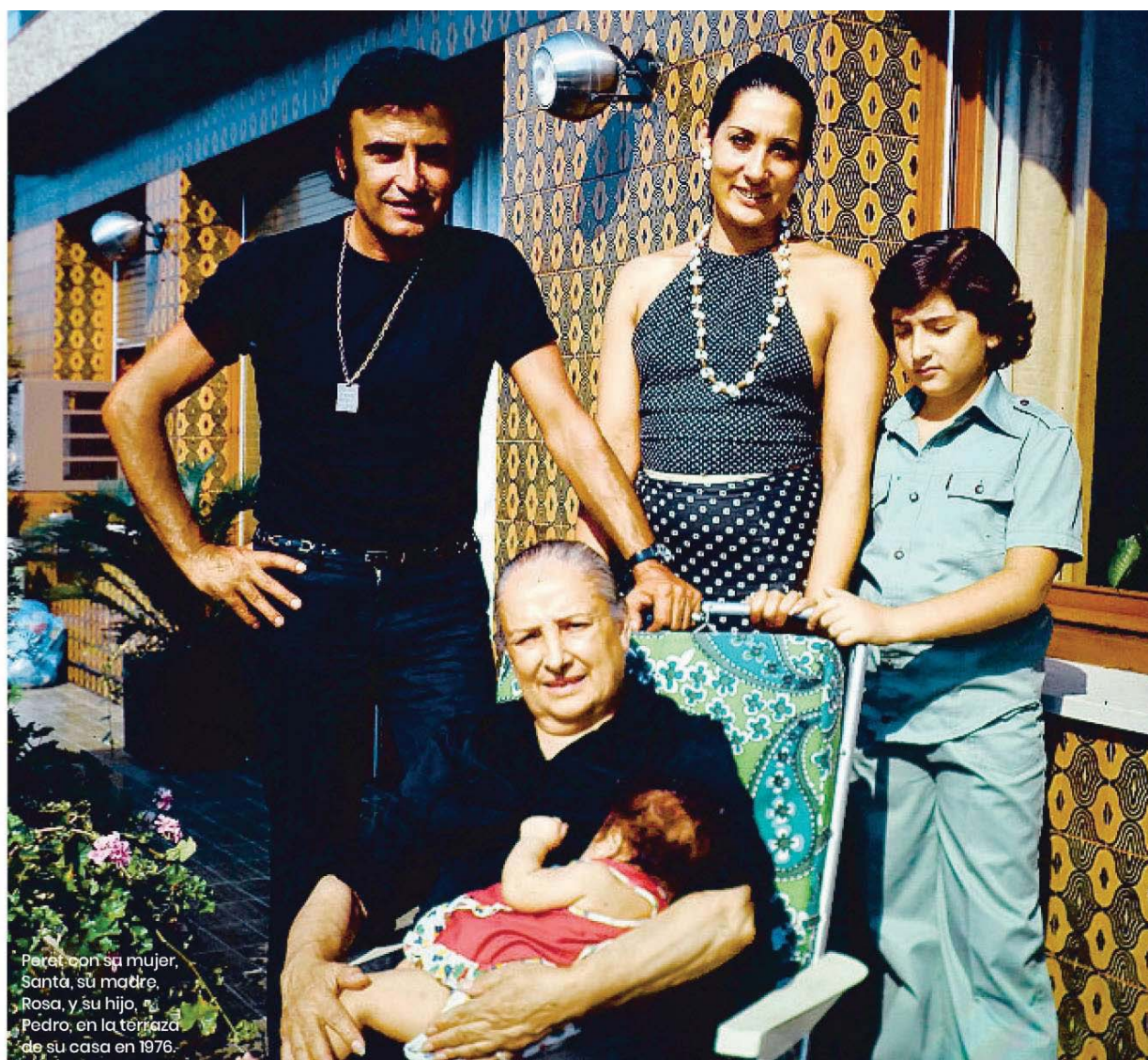
Gran Petit. Fueron cuatro encuentros: tres en su oficina, el bar de Paralelo con Blay, en Poble Sec, donde recibe; y otro en la calle de la Cera, durante la sesión de fotos de este reportaje. Habíamos previsto un quinto, pero se entrometió la enfermedad que, desde hace siete años, le debilita los músculos, obligándole a desplazarse en una *scooter* para discapacitados. Miastenia, se llama, aunque él la conoce por *mistenia*. Cuando aparca el vehículo frente al portal, no obstante, parece estar apurando un privilegio, tal es su donaire. Petit es el gran percusionista de la rumba catalana, el único que pudo discutirle el cetro al llorado Ricardo Batista, Tarragona. Admirado por los suyos y reconocido por la crítica, su salto a la popularidad llegó en 2018 de la mano del documental *Petit*, de Carles Bosch, que recoge, a modo de dietario filmico, el *making of* de una hazaña suburbial. En 2013, estando su madre, Suelu, al filo del último suspiro, Petit le prometió llevar la rumba catalana al Gran Teatro del Liceo, haciéndose acompañar de una orquesta sinfónica. Todo ello a coste cero: “*Enredant per aquí y enredant per allà*”. Y así, liando a unos y a otros, el 17 de octubre de 2017, Petit besó el cielo de Barcelona. No solo cumplió su promesa. Además, restituyó el esplendor del género y honró la memoria de sus antepasados, muy en particular la de su padre, Ramón Ximénez, El Huesos, primer palmero de Peret. Con ustedes, Joan Ximénez Valentí.

“Mi primer trabajo fue como niño de Nocilla. Te explico: de crío solía andar por la calle con una guitarra. La calle es la calle de la Cera, sí, ¡el Bronx de la rumba catalana! Un publicista pasó una noche por el Raider, que era un bar que había en Ronda de Sant Pau con la Cera, me vio tocar la

guitarra y le propuso a mi madre que anunciara un producto que estaba a punto de salir al mercado. Un cacao, dijo. Mi foto salió en unas vallas publicitarias y en la etiqueta del vaso. Todavía ha de haber alguno por casa, a ver si un día te lo bajo. Hice tres campañas, luego me creció pelusa y me dejaron de llamar. Por entonces ya tocaba el bongó, que era lo que de verdad me tiraba. El primero que tuve me lo fabricó yo con una maceta vacía y una piel de burro sujeta con una goma. [...] Fui precoz, muy precoz. A los 12 años me metí en un estudio de Belter, disquera de flamenco y rumba, y con 15 monté el cuarteto Tobago, con Johnny Tarradellas, Ramoncito Giménez y Rafalet Laceras. ¡*Discorumba, nen, hacíamos discorumba!* Luego vendría Rumbat, con el que le dimos ventilador a Michael Jackson, Bob Marley, Wilson Pickett, Stevie Wonder, Edith Piaf... Lo que daría por volver a esa época. ¡Estaba hecho un figurín! Hoy, cuando acabo de tocar, enseguida tengo a Joan [Joan Antoni Barjau, su mánager] poniéndome la máscara de oxígeno. Pero no renuncio, no me da la gana. Me he hecho amigo de la *mistenia*. Sé que no quiere ni demasiada luz ni demasiado ruido, y trato de complacerla. [...]

He tocado para Marina Rosell, Carles Benavent, Albert Pla, Joan Manuel Serrat, Rosario, Ketama, Lolita, Raimundo Amador... ¡Ah, Raimundo, qué gigante! Y los americanos, claro. Una vez, en *Musical Express*, el programa de Àngel Casas, salió Tito Puente y dijo que en Barcelona había dos percusionistas: el Tarragona y yo. De mí ensalzó mi rabia y mi corazón. Palabras textuales, *nen*: “La rabia y el corazón del Petit”. Me vine arriba, claro. Aún conservo sus pailas. Auténticas, ¿eh?; nada de chinas. Qué época, ay, ojalá volviera. [...] La rumba catalana bebe del mambo, la guaracha, el guaguancó; los gitanos cogimos a Rolando Laserie, al Benny [Moré], a Celia Cruz, y los llevamos a nuestro terreno. Hoy veo a estos críos del barrio haciendo salsa, así, sin más... *No pot ser, nen, no pot ser...* [...] He vivido grandes momentos, como cuando tocamos en las Olimpiadas. Quince días ensayando en el estadio. Yo veía aquellos muñecos de La Fura y pensaba: “Estos payos se han vuelto locos”. Pero qué bonito fue luego. [...] La película de Carles me ha dado popularidad, sí, pero yo antes ya era el Petit. Mira, mi sueño es retirar a mi mujer para que pase más horas conmigo, pero no puedo. A lo mejor, si no fuera tan exigente trabajando...

Cuando me llaman para una gala, siempre pongo como condición que contraten a todo el mundo, a todos mis músicos, que son 22. Si no van los 22, no hay concierto. Con el disco que tengo en mente pasa algo parecido. Me ofrecen hacerlo en un mes, pim-pam-pum. Y no. Quiero hacerlo con todo el mundo, con tiempo [...]. Venía escuchando a Rosalía, que es un escándalo. La tuve de telonera en la Mercè, hace dos años, y cuando acabó de actuar, dije: “Esta cría será una bestia”. [...] Ah, lo de Petit, sí. Viene de que fui el más pequeño en una casa donde vivía mucha gente: tíos, primos, abuelos... Y yo era el petit (el pequeñito)... Y me quedé con Petit”.



Peret con su mujer, Santa, su madre, Rosa, y su hijo, Pedro, en la terraza de su casa en 1976.

Peret. Rumbero rey. “La rumba catalana es una guitarra a ritmo de ventilador y dos gitanitos tocando las palmas, uno seguidas y el otro a contracompás.” No hubo un Peret con tanta *circunstancia* como el que, erigido en custodio del género, abrumaba al entrevistador con las tablas de la ley. Precursor de la fusión cuando ni siquiera existía el término, le irritaba sobremanera, por paradójico que pueda parecer, que los rumberos modernos (y la palabra moderno, en boca de Peret, alcanzaba cotas de afrenta) flirtearan con la salsa. Su otro gran pleito tuvo por objeto el ventilador, ese toque de guitarra que combina el rasgueo con la percusión sobre la misma caja. En el afán de desmentir que su invención (y con ella, la de la rumba) correspondiera al Pescailla, Peret aducía que con anterioridad a 1957, año de grabación de su primer disco, no había noticia del sonido. En la barra del bar Toni, el desaparecido *sancta sanctorum* de la rumba catalana, en Los Salvador esquina La Cera, Ramón Valentí, el mítico Onclo Paló, solía decir a todo el que abundara en la controversia que tal vez Peret no fuera el único padre de la rumba, pero lo que no admitía discusión es que era el rey.

Si el ventilador fue crucial para cuadrar el estilo, no menos cruciales fueron las palmas. Después de todo, y como acostumbra a sentenciar el gran Ramonet, una rumba puede salir ilesa de un mal guitarrista, pero jamás de un mal palme-

ro. El propio Peret lo dejó dicho con su proverbial inmodestia: “Sin unas buenas palmas, se me cae la corona”. A él le acompañaron las de Toni Valentí (hermano de Ramón) y Peret Reyes (la mitad del dúo Chipen, junto a Johnny Tarradellas).

Con el declive de la rumba de principios de los ochenta, Peret, que había tocado el cielo con *hits* como *Una lágrima*, *Borriquito* o *El mig amic* (el mejor tema de la *nova cançó* catalana, según Manuel Vázquez Montalbán), abjuró del golfo socarrón que hasta entonces había sido y se hizo pastor protestante.

Al filo de sus 60, y tras cumplir con Dios, regresó a los escenarios. Su reaparición, el 25 de julio de 1991 en el Velódromo de Horta, es ya memoria viva de una Barcelona irrepetible. Para quienes, por edad, no habíamos visto una actuación en directo del Rey de la Rumba, la noche fue, más que larga, eterna. Allí estaban, como una Fania All Stars de la gitanería, Los Amaya, Paló, Rosita y Mami, Chipén, Ramonet, Ricardo Batista Tarragona... Y Peret, claro, que, tras officiar de maestro de ceremonias, arrebató al público con una descarga antológica. Un año después, la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos le lanzó al estrellato mundial. Su *Gitana hechicera* (¡marabú!), adaptación del “Cristo tiene poder” de sus días de prédica, se convertiría en el himno oficioso de la ciudad.



El Pescaílla. En el número 8 de la calle Fraternidad, en el barrio de Gracia, vino al mundo Antonio González, El Pescadilla. Así, con “de”, figura su nombre en la placa que la Unión Gitana y el Ayuntamiento de Barcelona instalaron en 2003 junto al que fuera su portal. Tanto a él como a su padre, el primer Pescaílla (originalmente, Sardineta), así llamado por dedicarse a la venta de pescado en la Barceloneta, se les solía abreviar el sobrenombre, que quedaba en Pesca. A Antonio, además, se le conoció como Onclo Aíto. El Pesca metió la juega de los tablaos por Jobim, por Sinatra, por Elvis, en lo que fueron los primeros pasos de un estilo que, andando el tiempo, recibiría la denominación (iD.O.!) de rumba catalana. Su génesis es tan imprecisa como fabulosa; una cosmogonía, si se quiere. Le pregunté a su hija Lolita Flores en un “entre función y función” de su imponente *Fedra*, por la versión que de ello daba su padre, que fue un gran callado (apenas se le conocen entrevistas, declaraciones, memorias... Un caso particularísimo de vivir pa'trás). Lolita me contó que él cifraba la chispa en las actuaciones con su padre y el tío Juan (Onclo Polla, por lo enjuto de su rostro), en El Charco de la Pava (en la calle Escudellers, lo que luego sería el New York). Según tiene entendido, en esa nueva forma de concebir el cante y, sobre todo, de tocar la guitarra, fue determinante el contacto de su abuelo, su tío y su padre con las orquestas cubanas y puertorriqueñas que recalaban en Barcelona. El Gato Pérez acuñó una imagen para designar esa influencia: “Los Pescaíllas dejaron fecundar su guitarra por el güiro y el bongó”.

La leyenda dice que una noche de mediados de los cincuenta, el Onclo Polla conoció en el Charco a un marinero caribeño y lo invitó a subir al escenario con él. Y que de esa misma *jam session* surgió el ventilador, al que El Pescaílla pondría su sello. Hay, no obstante, una segunda cepa: la de los gitanos catalanes que viajaban a América para vender tejidos y regresaban con el baúl lleno de discos, que luego sonaban en las *jukebox* barcelonesas. “Soy consciente”, dice Lolita, “de que en este asunto hay po-

lémica, y no quería avivarla, pero parece innegable que es mi padre el que le da a la rumba catalana el soniquete que la hace tan característica, pero además —continúa— está la edad: mi padre le llevaba doce años a Peret, y había empezado a tocar la guitarra con 11 o 12 años. Resulta lógico, pues, que se le adelantara. Ahora bien, si mi padre inventó la rumba catalana, quien realmente la desplegó y la hizo conocida en el mundo fue Peret. Eso es indiscutible.

¿Qué tal se llevaba tu padre con Peret?, le pregunto. “Se querían muchísimo, y se respetaban más todavía”. En los tres hermanos Flores se aprecia la huella sonora de sus padres, pero si hay una traza palmaria, esa es la del Pescaílla en Lolita. “Hay mucho de mi padre en mí, es así. De mi madre también he sacado cosas, pero en la forma de cantar soy más como mi padre; por ahí he salido más a él, sí. ¡Lo que me gustaba de cría cantar con él! Igual venía con amigos de trabajar, me despertaba y me ponía a cantar boleros y rumbas con ellos. *Vete de mí, Levántate, Se te olvida...* Y *Mía*, claro, que fue su canción y la canción de mi madre. Era la única de su repertorio que estando en casa nunca le perdonábamos. Con qué gusto la cantaba”.

En la casa de El Pescaílla siempre había música: Lucho Gatica, Olga Guillot, Rolando Laserie, Bobby Capó, Matt Monro, Celia Cruz... “Fue un gran conocedor de la música de su tiempo, y tenía un paladar muy fino. Le gustaban mucho la salsa, el bolero, el jazz... Eso sí, su ídolo de toda la vida, por quien sintió siempre verdadera debilidad, fue Frank Sinatra”, cuenta Lolita.

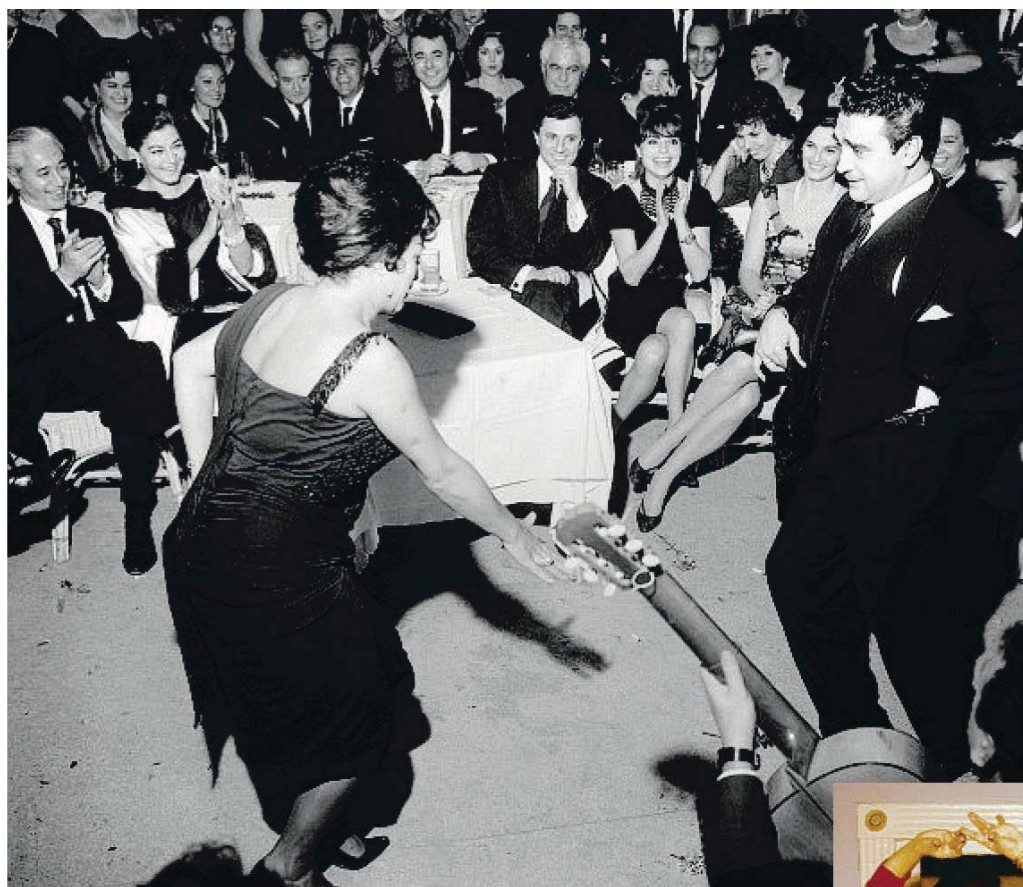
El legado del Pescaílla se resume en unos pocos recopilatorios, entre los que sobresalen *Antonio González 'El Pescaílla'* y *El patriarca de la rumba*, en los que figuran la mayoría de las canciones que grabó con Belter a mediados de los años sesenta. Para desconuelo de sus seguidores, no dejó mucho más, si bien, paradójicamente, tanto esa brevedad, ese laconismo, como su propensión a la melancolía y, por qué no, su temperamento, dividido entre la farra y el tormento, son los que le han acabado encumbrando como un artista de culto, casi espectral. Eterno.

El Onclo Paló. Era el hombre que en los conciertos de Peret gustaba de sentarse en un extremo del escenario, frente a una mesita de café, y caldearse a whiskys, preferiblemente William Lawson o Cardhú, con tilde, sí, que así debería escribirse entre el Tibidabo y la Barceloneta. A primera vista, su función en el espectáculo era dudosa, o cuando menos intrigante. Pero buchito a buchito, Paló, de nombre civil Ramón Valentí Carbonell, iba pasando de espectador taciturno a jefe de operaciones. Todo el misterio de la rumba se cifraba en su grácil taconeó y su repiqueo de nudillos. En ello se aplicaba hasta que, llevado por el arrullo de las coristas (¡Ay, Paló, Paló!), se erguía en ingravido bamboleo y, con la mano derecha batiendo el aire, se desplazaba, el culo a rastras, hasta el centro de la tarima. Su autoridad cobraba vuelo de leyenda cuando se medía con *El reló*, la tonada de habla portuguesa, que, más que cantar (Dios no lo llamó por ese camino), salmodiaba. Las únicas palabras comprensibles eran las del arranque: “Yo tenía un reló, yo tenía un reló...”, al que seguía una ráfaga babélica en la que se identificaba el clásico xaxado *Mulher rendeira*. Un mecanismo sonámbulo al servicio de la farra, el caldo elemento de Paló. Nacido en la Cera y graciense de adopción, se ganó la vida como la mayoría de los gitanos del Raspall, con la chatarra y la venta ambulante. La música, no obstante, le tenía reservada una ronda de gloria en la faceta de rumbero. La noche del Velódromo, la de la reaparición de Peret (que presentó a Paló entre hipérboles, jurando que él, eterno rival, jamás le había llegado a la suela del zapato) fue también la de su consagración entre los aficionados. En sus últimos días, pasaba las tardes sentado en la plaza del Diamante, envuelto en humo y el brillo en la mirada, como si en cualquier momento fuera a arrancarse a rumbear hasta el fin de los días.





► 21 Julio, 2019



El bautizo de Antonio Flores en 1961 fue un acontecimiento. En la escena, su madre Lola y su padre, El Pescaílla, se arrancan con una rumba ante el entusiasmo de Ava Gardner, María Cuadra y Lucía Bosé. Abajo, Lola Flores, Lolita, Guillermo Furiase y El Pescaílla en 1980.



Lola Flores y El Pescaílla con Lolita en 1959. Arriba a la izda., Lola, Carmen Flores y El Pescaílla en México, en 1955. Abajo, el disco 'Sarandonga', y a su lado, el matrimonio y su primogénita en Madrid en 1962.





► 21 Julio, 2019



Jack Tarradellas posa en la calle Carretas, muy cerca de la calle de La Cera.

Jack Tarradellas. Jack Tarradellas es hijo de Johnny Tarradellas, lo que no ha impedido que le profese admiración. En la bajamar de la rumba catalana, Johnny y Peret Reyes, antiguos palmeros de Peret, dieron vida al dúo Chipén, que vistió de etiqueta clásicos como *Belén, Belén*, *La noche del hawaiano* o *El muerto vivo*, y dejó un disco para la historia, *Verdad*, con dos temas, *No voy pa mi casa* y *Tengo dos amores*, en los que anida la promesa de un sonido.

Jack, 35 años, autor, arreglista, productor, músico y cantante de rumbas, se hizo a la vida en la calle de La Cera, entre palmas, ventiladores y bongós, cuando los ensayos de su padre bien podían tener lugar en el comedor de casa. Detrás de cada nombre hay un parentesco: una cuñada de su abuela, el hermano de un abuelo de su mujer, un primo segundo... La rumba es una madeja familiar. "Mi primer coche se lo compré a Palò", remacha como acreditando un vínculo que, entre gitanos, son palabras mayores. Uno de sus trabajos recientes ha sido la puesta a punto de la sinfónica de su tío Petit. A él corresponde el orgiástico *Sarandonga* con que la orquesta culmina su actuación en el Liceo. Propongo a un raro didactismo, a mitad de camino entre la flemma y la cachaza, Jack ilustra sus explicaciones mediante notas a capela, a lo Bobby McFerrin, sin que la perplejidad de los comensales vecinos haga en él ninguna mella. Así, se ayuda del tarareo de la intro *funky* del Chavi de Peret para subrayar que "la rumba no es un estilo cuadrado ni alérgico a la fusión, pues es, por definición, la fusión misma". Ahora bien,

precisa, en la rumba, como en cualquier otra disciplina, los aliños han de operar por superación, no por ignorancia. "A mí me vienen grupos rumberos, o que se dicen rumberos, para que les asesore, y cuando me pasan el material descubro que son una banda de *reggae*". Ha habido, cree, un abuso de la etiqueta rumba catalana para catalogar a conjuntos que son sencillamente *fiesteros*, y esa deriva, a su juicio, está en parte relacionada con el hecho de que la rumba aún no ocupa el lugar que merece en el imaginario cultural. Los tiempos no corren a su favor. La progresiva pérdida de la figura del mediador (también) se ha cebado en la industria musical, aligerándola de la influencia de quienes, como él, añaden al producto de enjundia, matices, complejidad. "Los arreglos, hoy en día, y prácticamente en todos los géneros, se han quedado en la raspa. Compara la cantidad de información que había en, qué sé yo, la orquesta de Quincy Jones con Frank Sinatra con la que hay en el *Despacito*. Nada que ver". Le lanzo nombres de leyendas al buen tuntún. A Peret le reserva una perspectiva novedosa: "Algo en lo que no se insiste mucho es en que fue un grandísimo profesional. De algún modo, Peret nos enseñó a respetarnos, a creer en nosotros. Con él se acaba eso de invitar a las galas a todos los primos; nada, aquí paga todo el mundo, también los gitanos".

Le esperan en el estudio. Como en él es habitual, anda enfrascado en mil proyectos. El más llamativo, un espectáculo circense con música balcánica; el más importante, unos arreglos para *Verdad*.

FOTOS: HISTORIA: EFE; GETTY IMAGES; OTRES: REVISTA SEMANA. D.R. NUESTRO AGRADECIMIENTO A MICHELL KOOPMAN, ALMA DEL BAR ZELIG; A LA BODEGA VILANOVA; A JOAN ANTONI BARJAU, MANAGER DE PETITET, Y A TODOS LOS RUMBEROS QUE SE DEJARON ENREDAR. NUESTRA MÁS SINCERA GRATITUD.



► 21 Julio, 2019



La cantaora Laura Santos, cerca del Tablao de Carmen, instantes antes de una actuación.

Furia. A Laura Santos (Barcelona, 1986) se le caen de la boca los agradecimientos. Su carrera, relativamente tardía, ha dado un brinco en el último año y se sabe en deuda con quienes le han infundido confianza, y muy en especial con su familia. Cantarina desde jovencita, mediada la veintena sus íntimos la empujan a probar suerte en bares y salas de pequeño formato, y a esa veta se entrega hasta que su primo Julio la pone en el radar de Sebas de la Calle, renovador de la rumba quinquí (*grosso modo*: cantos a la marginalidad, melodías aflamencadas y toque de ventilador), al que ha conocido casualmente una noche de fiesta. El día en que se ven por vez primera, Sebas le presenta al productor Jack Tarradellas, y al poco, la noticia de una voz sobresaliente, con registros de lo más singulares, llega a oídos del Petitet, que precisamente esos días anda buscando una corista. De su debut con su Sinfónica, el 26 de julio de 2018 en el Festival Portalblau, L'Escala, Laura guarda un recuerdo agrídulce. “Me equivoqué

en el *Pensant en tu* [un medio tiempo de Peret de aire melancólico; de los más difíciles de su repertorio] y al terminar el concierto, el Petitet me dice: ‘Esto que te ha pasado es normal, era la primera vez que lo cantabas en directo; ahora bien, sé que no te va a volver a pasar. Por cierto, estás contratada’. Me tembló todo el cuerpo”. Antes de enrolarse en el combo de Petitet (“Ese hombre es una bendición, ojalá lo hubiera conocido antes del documental”), ya tenía en YouTube, el gran escaparate musical de nuestro tiempo, dos clips en los que esta nueva flamenca daba cuenta de su versatilidad. Se trata de *Furia* y *Abismo*, para los que Jack Chakataga (heterónimo de Jack Tarradellas) dispuso aderezos electrónicos, imaginiería trap y, en el caso de *Furia*, y en un hermanamiento insólito, una *story* de terror. En espera de que la siembra germine de verdad, Laura sigue arrancando olés en El Tablao de Carmen y Los Tarantos, y, ahora sí, bordando el *Pensant en tu* para La Sinfónica del Petitet.